

Elżbieta Bender
Maria Curie-Skłodowska University,
Lublin, Poland

El yo íntimo frente a la sociedad española en los recuerdos de adolescencia de Pío Baroja

Pío Baroja (1872-1956), a pesar de negar él mismo su adhesión a la llamada *Generación del 98*¹, parece ser su miembro más representativo. En sus obras encontramos casi todos los elementos más característicos de este grupo, como la abulia, el inconformismo o el constante preguntarse por los males de la España finisecular. De ahí que el escritor pueda servir como modelo del hombre del 98. De hecho, parece estar representado en varias figuras de sus personajes novelescos.

Sabemos que Pío Baroja se interesó por la psicología. No lo demuestran sus obras ficticias, donde escasean los personajes de gran complejidad, pero sí lo atestiguan ciertos hechos de la biografía del escritor: en 1893 Baroja escribe su tesis de doctorado *El dolor. Estudio de psicofísica*; y en 1934 ingresa en la Real Academia con su discurso titulado *La formación psicológica del escritor*.

¹ Vid. Barroso, A., Berlanga, A., González Cantos, M.D., Hernández Sánchez, M.C., Toboso, J. (1990): *Introducción a la literatura española a través de los textos*. Madrid: Istmo, tomo III, p. 25.

Los textos autobiográficos constituyen una prueba más de su gran afición a la psicología, ciencia que en la época conoce su gran auge gracias a las revelaciones de Freud. Aparte, las obras autobiográficas de Baroja son un valioso documento para conocer la personalidad del escritor y los motivos que moldearon su carácter.

Para ello, nos proponemos analizar tres obras suyas pertenecientes a la literatura autobiográfica: *Familia, infancia y juventud*; *Juventud, egolatría*; *La sensualidad pervertida*.

1. Sobre sí mismo: autodiagnóstico de Pío Baroja

Baroja se expresa sobre su propio carácter con una incuestionable soltura. Sus memorias llenas de autocrítica contradicen lo que escribe en *Juventud, egolatría*: «Siempre he tenido un poco de reparo en hablar sobre mí mismo» (Baroja 1999: 21). Los textos analizados no parecen confirmar tal abstinencia. Se reiteran los pasajes en los que califica su vida y su persona de insignificantes (Baroja 1999: 20). La insistencia con la que repite estas valoraciones tan negativas es bastante provocativa: el valor de escribir sobre sus propios defectos, por un lado confirma el empeño barojiano de hacer una narración objetiva, por otro obliga al lector, sorprendido por la autocrítica tan despiadada, a distanciarse de las opiniones del narrador y hasta indignarse ante tanta exageración². En esto se confirma el talento psicológico de Baroja, quien adivina sacudir la tranquilidad lectora con su desbordada autocrítica. Los lectores nos sentimos primero sorprendidos, luego perplejos, para llegar finalmente a defender a Baroja contra él mismo. Además, el hecho de poner al desnudo su vida interior no parece responder sólo a la necesidad de presentarse a sus lectores.

En sus frecuentes autoanálisis, descubrimos a un ser individualista que vive al margen de la sociedad, porque no llega a compartir sus

² Se trata de la autoironía que implica una tensión tanto intertextual como extratextual entre el autor, el lector y las condiciones sociales. Vid. Stasiński, P. (1983): *Autoironia jako postać wewnętrznej pragmatyki tekstu*, in: Martuszevska, A., Sławiński, J. (1983): *Autor. Podmiot literacki. Bohater*. Wrocław/ Warszawa/ Kraków/ Gdańsk/ Łódź: PAN, pp. 239-246.

valores ni opiniones. Baroja representa el modelo de artista propagado por Baudelaire o Schopenhauer. Las observaciones barojianas de sí mismo en confrontación con la opinión de los demás, intensifican el pesimismo del escritor. Las críticas de su persona pronunciadas por sus profesores hacen que en la adolescencia Baroja se examine a sí mismo con mucha atención y sus conclusiones resultan muy desoladoras. El escritor parece resignarse en su aceptación de ser un estudiante mediocre con unas facultades intelectuales limitadas:

Como estudiante, yo he sido siempre medianillo, más bien tirando a malo que a otra cosa. No tenía gran afición a estudiar, verdad que no comprendía bien lo que estudiaba [...].

Respecto a mí, y creo que a todos les pasará lo mismo, nunca he podido aprender aquellas cosas por las cuales no he tenido afición.

Es probable también que yo haya sido hombre de un desarrollo espiritual lento (Baroja 1999: 108-109).

La sensualidad pervertida es el libro barojiano con la mayor concentración de pasajes autoanalíticos y reflexiones sobre su propio carácter. Según las palabras del escritor, este texto no son más que las divagaciones de un aficionado a la psicología que quiso esclarecer su manera de ser, oscura en su esencia incluso para él mismo (Baroja 1997: 31). De las numerosas reflexiones acerca de su carácter surge la imagen de un joven hipersensible y sentimental, incapaz de adaptarse a la vida social dura e hipócrita. Citemos uno de los fragmentos que mejor describe la personalidad de Luis Murguía, la contraparte de Baroja en *La sensualidad pervertida*:

Yo soy un ingenuo, un pequeño buscador de almas, un sentimental, para quien simpatizar con una persona o con una cosa es el hallazgo más agradable que se pueda tener en la vida.

Yo creo tener una sensibilidad más aguzada que el hombre corriente y normal. No sé si la palabra *sensibilidad* es más adecuada para mi caso; sensibilidad parece indicar una facultad de impresionarse exclusivamente psíquica; mi facultad de impresión es tan psíquica como sensorial. No he poseído de chico ni una inteligencia fuerte, ni una voluntad tenaz. En cambio, mi vista ha sido casi perfecta; el oído, bueno, aunque del punto de vista musical, y el olfato,

finísimo. Llegué en cierta época a notar el olor de muchas personas, facultad muy desagradable y antisocial, que suprimí oliendo olores fuertes y fumando.

Yo no me siento *Homo Sapiens*, de Linneo, sino un *Homo Sensualis*, de Epicuro.

Pienso en mí como tipo espiritual, y me figuro que no soy un vertebrado ni un articulado, sino una medusa de cuerpo blando para flotar libremente en la superficie del mar.

En el medio ambiente en que yo me he desarrollado, esta blandura vagabunda y congénita, esta sensibilidad, con su agudeza de los sentidos, no podía tener utilidad y empleo, y se pervirtió y se convirtió, con el tiempo, en una sensiblería, en un sentimentalismo perturbador.

Mi sensibilidad era como un órgano sin revestimiento, sin piel; así, el más pequeño contacto con la aspereza de la vida española me hacía daño.

No he podido dominar el sentimentalismo, y sólo a fuerza de tiempo he llegado no a mitigarlo, sino a insensibilizarme. Mi sentimentalismo durante mucho tiempo fue completamente absurdo y casi siempre ridículo. Me dolían las despedidas, el dejar un hotel vulgar en donde había pasado unas horas perfectamente monótonas; me angustiaba el abandonar un pueblo; parecía que iba dejando trozos de alma por los sitios por donde pasaba y que sentía un gran dolor por dejarlos allá lejos.

Como mis motivos sentimentales no se convertían casi nunca en actos, me quedaba un ramanente de impresión que tenía que rumiar y luego criticar. Así, me pasaba a veces largas horas pensando en una tontería retrospectiva dicha hacía cuatro o cinco años, y me perturbaba y me avergonzaba como una cosa actual (Baroja 1997: 32-33).

Posteriormente, Baroja advierte una tendencia suya de fingir la insensibilidad que se propuso realizar con tanto ahínco, que lo que al principio tenía que ser un simple fingimiento se convirtió en realidad. El hecho de entrenarse en su constante parecer otro hizo que su principal sentimentalismo dejara paso a la burla y a la tendencia irónica (Baroja 1999: 33). Estos dos rasgos se plasman perfectamente en la manera barojiana de contar su propia vida. Baroja habla de un fatalismo que le ha perseguido desde siempre y que le ha impedido ser un hombre familiar, subordinado a las reglas socialmente aceptadas:

Todas las circunstancias de mi vida han tendido a hacerme un hombre aislado, disgregado, separado del rebaño. Mis intentos de llegar a ser un hombre de familia, un hombre de subordinación, me han salido mal. Alguien me podría

decir que no puse en ello mucha energía; ciertamente, pero esto de no desear con fuerza, también es destino.

La casualidad ha querido hacer de mí un desarraigado, un *dilettante*, un libertino del espíritu, un fruto podrido del árbol de la vida; todas mis tentativas para adquirir una posición, por el trabajo o por el esfuerzo, han fracasado, y, al último, la fortuna, la pequeña fortuna necesaria para un pasar modesto, me ha venido casualmente y por un rasgo de audacia (Baroja 1997: 52).

Cuando Baroja se pregunta por las causas de su sentimentalismo y de su indecisión que, según él, son una descomposición del fondo de sensualidad de sus instintos, se pone, como por intuición, a examinar el carácter de sus ascendientes. De esta manera espera encontrar una explicación objetiva de su fracaso vital. El interés por la psicología y por la cuestiones de la herencia evolucionará hacia la afición posterior barojiana a trazar el carácter de la raza, uno de los puntos comunes de la Generación del 98.

Baroja se encuentra diferente a los demás ya en la época de su pubertad. Es cuando, atormentado por el problema sexual, e influido por sus lecturas, percibe con toda la claridad su tendencia a la cólera y al análisis. El autor confiesa estar constantemente inquieto analizando sus opiniones y reacciones confrontándolas con las de otra gente. Con frecuencia llegaba a la conclusión de que era mejor no reaccionar, característica de la filosofía de Schopenhauer (Baroja 1997:98-99). La propensión barojiana a autocontrolarse, y el procedimiento muy metódico y escrupuloso de observarse a sí mismo son en parte resultado de sus estudios de Medicina, pero ante todo confirman su gran afición a la psicología.

2. La influencia de la sociedad en el yo más íntimo de Baroja

En las reflexiones sobre los defectos de su carácter, Baroja hace hincapié en las causas sociales de ciertas aberraciones de su personalidad. Su autocrítica siempre va unida a la denuncia de la sociedad hipócrita. Es interesante comprobar hasta qué punto Baroja cree que las reglas sociales impuestas son la principal causa de sus problemas en las relaciones con mujeres.

En función de los deseos incumplidos, Baroja dibuja la tragedia de un hombre forzado a reprimir sus inclinaciones naturales. Aunque el autor adopte una postura de observador de la sociedad de su tiempo, dando unas conclusiones generales, sabemos que en el fondo habla de su propia tragedia íntima. Cuando Baroja reflexiona sobre el sexo, se centra en la pubertad y especifica que el periodo entre los catorce y los veintitrés años constituye momento clave para el desarrollo de la vida sexual de cada individuo. La califica de época crítica, en la que las normas sociales actúan de manera nociva sobre un hombre corriente. Arremete contra la doctrina católica que impone a los solteros guardar la virginidad:

Será casto, dirá un cura cerrando los ojos con aire hipócrita, y después se casará para ser padre.

El hombre que pueda ser casto, sin dolor, desde los catorce a los veintitrés años, es que es un temperamento especial. Este no es el caso corriente. Lo corriente es que el hombre joven no sea casto, no pueda serlo (Baroja 1999: 51).

De todas las reflexiones barojianas sobre la sexualidad, se revela la triste experiencia personal del escritor. Baroja sufre por vivir en una sociedad que obligaba a los jóvenes a someterse a sus reglas hipócritas: sólo los más ricos podían permitirse el lujo de acudir a la prostitución como solución aceptada mientras que el joven Baroja, al igual que tantos otros muchachos de su edad, se veía obligado a reprimir sus deseos sexuales, por falta de recursos económicos (Baroja 1999: 52).

Tanto más doloroso fue el sacrificio de frenar sus instintos cuanto su personalidad le predestinaba a vivir intensamente cualquier fracaso. Baroja se caracteriza por las palabras de Luis Murguía, su contrafigura novelesca de *La sensualidad perversa*: «estaba yo entonces en una constante exasperación erótica. Todas las mujeres me gustaban [...] yo tenía una fiebre erótica, como hubiera podido tener viruelas, pero una fiebre continua y perpetua» (Baroja 1997:97-98). El escritor se resigna y se adapta a la sociedad de su época, pero también espera que lleguen los tiempos de libertad sexual y que se limpie el ambiente hipócrita en el que le tocó vivir. En este aspecto se muestra muy progresista,

abogando por la libertad, el único remedio para eliminar las desviaciones sexuales y psicológicas que aquellas provocan:

En esta cuestión sexual yo no veo más que el individuo, el individuo que queda perturbado por la moral sexual.

Con el tiempo, esta cuestión habrá que aclararla, habrá que mirarla sin misterios, sin velos y sin engaños. Como se estudia la higiene alimenticia a la luz del día, se estudiará también la higiene sexual.

Actualmente caen sobre la vida sexual: primero, la idea del pecado; después la idea del honor; luego, el temor a la sífilis y a otras enfermedades sexuales, y todo esto se baraja con ficciones místicas y literarias (Baroja 1999: 53-54).

En sus ideas progresistas el escritor va aún más: denuncia la supuesta moral del matrimonio. Otra vez en su crítica percibimos una manera de defenderse adoptada por quien permanecerá soltero durante toda su vida. En el capítulo *Sobre la supuesta moralidad del matrimonio* en *Juventud, egolatría*, demuestra cuanto le afectó la desaprobación social. No admite la opinión general que califica la soltería de cínica e infame. Decide comparar el estado soltero con el matrimonio, para evidenciar la vileza de este último. Para conseguirlo evoca las diferencias de la vida sexual en la mujer y en el hombre. Escribe: «El hombre es sexual constantemente y de igual manera hasta la decrepitud. La mujer tiene etapas: la de la fecundación, la del embarazo y la de la lactancia» (Baroja 1999: 56). Después de lo dicho, Baroja concluye que, en la raza humana, el sistema de unión sexual más conveniente, más lógico y más moral sería la poligamia (Baroja 1999: 56).

El escritor parece querer explicar su soltería y su deformación psíquica con las vivencias traumáticas de la pubertad tormentosa y triste. Sus primeras experiencias de contactos con el otro sexo lo deprimían. Se sentía rechazado. Las muchachas, compañeras de su infancia le demostraban indiferencia y hasta desprecio. Baroja evoca su indignación infantil al verse ignorado por las chicas. A ese desdén el autor enseguida encuentra una explicación de índole económica. Sin dudas, escribe, para las muchachas no había que fijarse en un joven si no era rico o elegante (Baroja 1982: 232). Le debió de doler mucho

aquel trato despreciativo del otro sexo, porque lo vemos realizando una especie de venganza mientras describe con mucha ironía tanto el aspecto físico como el comportamiento de las muchachas donostiarras que encontraba durante sus vacaciones. Comprobamos aquí aquella rabia que confiesa manifestar el escritor en sus relaciones con las mujeres:

En mi tiempo, las muchachas eran como plazas atrincheradas y amuralladas. Llevaban un corsé que era como la muralla de la China o el baluarte de Verdún. Si por casualidad ponía uno la mano en su talle, encontraba una coraza tan dura como la que podía llevar a las cruzadas Godofredo de Bouillon.

Si uno pretendía entrar en relación con uno de aquellos verdunes vivos, le contestaban varios días o semanas «sí» o «no», como Cristo nos enseña [...].

Yo muchas veces he pensado que, quizá por la presión social, las mujeres jóvenes de esa época, en España, no tenían ningún sentido erótico. Quizá el sentido erótico lo tenían más tarde; pero en plena juventud no pensaban en el matrimonio más que como una carrera. Como en San Sebastián ya no tenía amigos y las chicas que conocía de hacía tiempo se mostraban tan desdeñosas conmigo, la estancia comenzó a serme aburrida, y empecé a acariciar la idea de regresar a Madrid, para lo que pronto encontré el pretexto (Baroja 1982: 232-233).

Los tristes recuerdos de la pubertad barojiana se deben no sólo a las restricciones sociales y al desdén de las muchachas, sino que también son efecto de la discrepancia de la imagen de la infancia y de la realidad posterior. Por un lado, cualquier lucha por conservar la belleza y el misterio de los primeros amores de la adolescencia, por otro lado, las imágenes pasadas sufren una revisión, casi siempre despiadada, que hace derrumbar nuestros ideales. Baroja evoca a tres muchachas que en el tiempo de su pubertad le hicieron vivir una emoción importante. Sin embargo, el hecho de conocer las vidas posteriores de aquellas chicas las desacredita. El autor se muestra algo distanciado, algo perplejo y algo irónico:

A pesar de no haberlo previsto, me entusiasmé cuando tenía trece o catorce años con una chica de la vecindad, Milagritos, una muñequita rubia con unos rizos y unos tirabuzones dorados, a la que encontraba en la escalera y saludaba confuso mientras ella me contestaba riendo.

Milagritos tenía doce o trece años, y solía mirarme en el paseo muy burlescamente. Una amiguita suya me preguntó por qué no me atrevía a acompañarlas en el paseo de Valencia; pero, aunque lo deseaba con fervor, no me decidía.

Años después supe que mi muñequita rubia había hecho, de mujer, bastantes disparates, y que se la tenía por una cabeza destornillada, y que su marido había pensado en encerrarla en una casa de salud.

También estuve semienamorado de una muchacha de más edad que yo, con los ojos ribeteados, que aparecía en un balcón de la calle por donde yo iba al Instituto. Se la tenía por una gran belleza. Muchos años después la vi casada y con hijos, y me produjo risa el pensar en mi antiguo entusiasmo por ella y en mi idea de considerarla como un rival de la Venus de Milo.

También tuve un gran entusiasmo por una señora joven, que se mostraba muy coqueta, y al mismo tiempo, muy indiferente (Baroja 1982: 170-171).

Los rumores sobre la última de las mujeres citadas aseguraban que hubo una relación íntima entre ella y un estudiante de Medicina. Según el relato barojiano, los demás chicos le envidiaban aquel amor que se parecía al de las novelas. Sin embargo, como en los casos anteriores, el sueño se esfuma cuando Baroja encuentra a aquel chico afortunado, ya maduro, y éste le confiesa que nunca había tenido relaciones íntimas con la muchacha.

La fluidez con la que Baroja menciona todas aquellas chicas nos da la impresión de que el escritor quisiera ocultar sus problemas personales en las relaciones con el otro sexo³. Probablemente es una reacción a los comentarios acerca de su misoginia. Baroja en principio quiere mostrarse como una persona normal que, en su pubertad, había sufrido una alteración psíquica provocada por el rechazo de las muchachas y por las restricciones sociales. Nosotros mencionaríamos una causa más de la negativa percepción de la sexualidad por Pío

³ Las relaciones con las mujeres siempre han sido una faceta triste de la vida barojiana. Sin embargo, el hecho de tener aquellos amores, aunque fallidos, niega la misoginia del escritor. Aparte de las muchachas de su infancia y su adolescencia que le llamaron la atención, es necesario mencionar las mujeres que aparecieron en su vida posterior. De entre ellas destaca la figura de Ana, una rusa a quien Baroja debió conocer en 1913, y cuyo recuerdo está recogido en *La sensualidad perversa*. Para más detalles sobre las relaciones barojianas con las mujeres, cfr. Guerra de Gloss, T. (1974): *Pío Baroja en sus memorias*. Madrid: Player S. A., pp. 31-39.

Baroja: sus prácticas estudiantiles en el hospital de San Juan. Ese lugar le hizo conocer el lado oscuro de la feminidad. Las enfermedades venéreas y la imagen de mujeres feas, degradadas por el sufrimiento y por la inmoralidad, estremecieron al joven Baroja, quien no sabía si compadecerlas o huirlas.

El sentimiento de fatalidad se intensificaba siempre con la intervención del médico de la sala de mujeres. Según el relato del escritor, aquel hombre trataba a las desdichadas con mucha crueldad, las martirizaba de palabra y de obra. Esa experiencia afectó mucho a la visión barojiana de las relaciones entre hombres y mujeres. Lo expresa de manera explícita:

Para un hombre excitado e inquieto, como yo, el espectáculo tenía que ser deprimente. Las mujeres eran de lo más caído y miserable. Ver tanta desdicha sin hogar, abandonada en una sala negra, en un estercolero humano, comprobar y evidenciar la podredumbre que acompaña la vida sexual, hizo en mí una angustiosa impresión (Baroja 1982: 277).

Las imágenes de las relaciones humanas que el joven Baroja ve, o tal vez sólo se forjan en su imaginación en la época de la pubertad, parecen ser decisivas tanto para su vida personal como para su trayectoria literaria. El escritor quiere desmentir la misoginia de la que se lo acusa, recordando en sus memorias a varias mujeres en las que se había fijado o con las que había tenido algún contacto en la época adolescente. Posiblemente lo hace para convencer a los lectores de que su inadaptabilidad existencial se debe más a las circunstancias sociales que a las propensiones naturales de su carácter. Al evidenciar el choque entre las aspiraciones individuales y las reglas de la sociedad hipócrita llega a demostrar con mayor fuerza las insuficiencias y los males de la España de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, rasgo característico de la generación del 98 en la que se lo incluye.

Bibliografía:

- Baroja, P. (1982): *Familia, infancia, juventud*, in: *Desde la última vuelta del camino*. Madrid: Caro Raggio, tomo II.
- Baroja, P. (1997): *La sensualidad pervertida*. Madrid: Círculo de lectores.
- Baroja, P. (1999): *Juventud, egolatría*. Madrid: Cátedra.
- Barroso, A., Berlanga, A., González Cantos, M.D., Hernández Sánchez, M.C., Toboso, J. (1990): *Introducción a la literatura española a través de los textos*. Madrid: Istmo, tomo III.
- Guerra de Gloss, T. (1974): *Pío Baroja en sus memorias*. Madrid: Player S. A.
- Stasiński, P. (1983): "Autoironía jako postać wewnętrznej pragmatyki tekstu", in: Martuszevska, A., Sławiński, J. (1983): *Autor. Podmiot literacki. Bohater*. Wrocław/ Warszawa/ Kraków/ Gdańsk/ Łódź: PAN, pp. 239-246.